

Educar sin renegar del encargo de enseñar: Milani en la universidad

Fercho

Esta es una reflexión personal a partir de Lorenzo Milani y sobre la enseñanza universitaria en las profesiones educativas (magisterio, educación social, pedagogía), buscando sentido en una época en la que la universidad anda desnortada y desubicada: parte del profesorado más empeñado en su propia carrera y promoción que en su labor docente; incluso que en su trabajo científico, donde importa más publicar mucho y rápido que asimilar y producir conocimiento valioso y comprobado.

Quizá Milani tiene poco que aportar a la universidad, pero he tenido la suerte de conocer en la academia a maestros y colegas¹ con clara vocación educativa y un sentido de la responsabilidad y el servicio ejemplares, una decencia sólida y el empeño de ser útiles a la sociedad desde este lugar privilegiado; algo que ha sido posible siempre en conexión con profesionales² que desde su trabajo les retaban y exigían respuesta para problemas prácticos y reales.

1. La Carta, Corzo, Milani y compañía.

Leí la edición de Nova Terra (creo que de 1974) de 'Carta a una maestra'. Lo he usado en clases en la Universidad, en magisterio, en pedagogía, últimamente en educación social. Lo leímos cada día, al inicio de clase, en su cincuenta aniversario: ¡vaya actualidad! También hemos trabajado otros dos libros de José Luis Corzo, 'Educarnos con la actualidad' y 'Educar es otra cosa'. Con motivo del centenario, he descubierto dos libros suyos: 'Con la escuela hemos topado' y, el que me atrapó desde el principio, 'Don Milani: la palabra a los últimos'³. Por lo mucho que me ha cuestionado me atrevo a escribir este texto.

La primera parte invita a leer los textos originales de Milani; varios me han afectado: una invitación a vivir sin ataduras, en conciencia, evangélicamente. Tomo prestado de Benjamín Oltra, sacerdote en la parroquia de San Ignacio de València, algo que este libro me recuerda: hay que saber salir perdiendo. Hay que saber qué es lo que vale la pena y ser capaces de renunciar a lo que no lo vale; Milani es un ejemplo de discernimiento y de renuncias, pero también de defensa de aquello que sí es relevante.

Así es como entiendo los fragmentos sobre 'mandamientos vitales y mandamientos rituales' (2017, 95), o sobre 'la fe como modo de vivir y pensar' (2017, 130) que anunciaban hace ya varias décadas lo que recientemente ha publicado José María Castillo⁴: 'menos religión, más evangelio'.

Me gustaría tener el valor de Milani, capaz de defender su independencia, su autonomía, pero ser capaz también de esa 'austera obediencia a las cosas pequeñas' (2017, 133).

¹ Podría mencionar varios, pero destaco a Franz Hamburger, catedrático ya jubilado de educación social en la Universidad de Maguncia (Alemania), y a Carmen Carmona, profesora titular en la Universidad de Valencia.

² La Federación de Asociaciones de Empresas de Inserción (FAEDEI), la Asociación Española de Escuelas de Segunda Oportunidad, y la Asociación Profesional de Centros de Día de Menores de la Comunidad Valenciana son buen ejemplo de estas demandas.

³ José Luis Corzo (2017). Don Milani: la palabra a los últimos. PPC.

⁴ José María Castillo (2023). Declive de la religión y futuro del evangelio. DDB.

Saber plantar cara al servicio militar (también yo fui objetor de conciencia, aunque no me atreví declararme insumiso y cumplí con la 'prestación social sustitutoria') y a la vez ser fiel, disciplinado, obediente a quien tiene autoridad y renuncia al poder, siendo fieles a unos principios que deberían traernos problemas en la vida, en lugar de hacerla fácil y cómoda.

Así se comprende mucho mejor el cuestionamiento de la ley y del derecho romano (2017, 136), que antepone los derechos de la propiedad a los derechos de las personas, derechos individuales antepuestos a los derechos colectivos, a la comunidad. Esa es una renuncia de Milani, renuncia al yo a favor del nosotros, lo que le permite, a sabiendas, salir perdiendo, saber a quién debe obediencia, aunque no tenga el poder.

Parfraseando a José Luis Cortés⁵, Milani es un señor como Dios manda, una persona íntegra, libre, alguien que ocupando un puesto de responsabilidad (párroco y maestro) sabe entender que está al servicio de su comunidad, y que es de esa comunidad de la que recibe el encargo que da sentido a su trabajo y a su vida. Cumplir ese servicio es la pauta de la obediencia debida y también indica los límites de a qué otros señores no hay que obedecer. Qué lejos ese ejemplo de lo que Michael Apple denuncia en otro libro, traducido al español como 'Educar como Dios manda'⁶, en la que critica el uso y abuso del poder de la nueva derecha norteamericana, arraigada y promovida por las iglesias evangélicas. Milani y Apple, tan distintos, se habrían entendido.

Los tebeos de José Luis Cortés forman parte de mi educación, como también la Mafalda de Quino, ateo convencido, y tuve la suerte de encontrar en ambos un pensamiento elaborado, esperanzado a la vez que realista, crítico con el papel de la humanidad en el mundo que habitamos. Ambos entraron en casa gracias a mis padres, que vivieron y asumieron con convicción, formación, profundidad y honradez las propuestas del Concilio Vaticano II y trataron de hacer de nuestra casa un hogar abierto de mentalidad también abierta. Ninguno de ellos leyó a Milani, pero estoy seguro de que habrían compartido mucho de lo que escribió y habrían admirado su vida, como lo hicieron con mucha gente corriente, que es lo que eran, bien retratados por 'Pepe, el humano', un personaje también de José Luis Cortés, aunque con poco recorrido.

Sitúo también en esa línea de autenticidad de Milani a Ghandi, cuya vida leí por medio de un amigo de mis padres también, como más tarde Emmanuelle Mounier, a quien se empeñaron en dar a conocer en los Ochenta Carlos Díaz o Félix García Moriyón y, en Valencia, Juan Biosca, desde el Instituto Social Obrero y la Comisión diocesana de lucha contra el paro.

Como Milani, también supo salir perdiendo Ignacio Ellacuría cuando se jugó su vida y las vidas ajenas (sus compañeros de comunidad jesuita y las dos mujeres que trabajaban para ellos) por tratar de mediar en un conflicto en el que no reconocía al gobierno más autoridad que a la guerrilla por el hecho de que estuviera ocupando el poder legalmente instituido. Igual que Milani, Ellacuría supo hacerse cargo, encargarse, de su realidad.

De modo que Lorenzo Milani es único, pero no está solo en este pequeño panteón particular de hombres ilustres, porque solo he mencionado hombres, igual que son varones los alumnos de Barbiana. Porque las mujeres están ausentes de estas lecturas

⁵ José Luis Cortés (1979). Un señor como Dios manda. PPC.

⁶ Michael W. Apple (2001). Educating the right way. Markets, standards, God and inequalities. Routledge.

que he mencionado, pero presentes en mi vida, mujeres ejemplares en este sentido que he descrito, como Esperanza Muñoz, Rita Lynch, Teresa Miñana, Loli Soriano, María José Vizcarro, Carmen Fenollosa o, más tarde, Charo Castelló⁷.

2. Enseñar en la universidad.

Durante años me he preguntado si era posible utilizar la pedagogía de Freire en las clases en la universidad; si una pedagogía pensada para personas adultas y con una experiencia vital era posible con gente joven con un recorrido más breve y fundamentalmente escolar. Si una pedagogía eminentemente popular y comunitaria podría ser asimilada en una docencia tan institucionalizada como la universitaria. De modo que no, no me he atrevido a hacer uso de Freire, aunque también lo hemos leído en clase. Con Milani, sin embargo, la sensación es distinta. También he tenido reparos: una práctica escolar pensada para la educación obligatoria, en una escuela rural, otro país, otra época... A pesar de las muchas diferencias, en este caso sí que encuentro en la pedagogía milanesa lo que, peor que mejor, he entendido como algunos principios clave y que, además, me parecen muy relevantes para la formación de cualquiera que se quiera formar para el ejercicio profesional de la educación, asumiendo que detrás hay una vocación transformadora, de respeto a quien aprende y de empeño en conseguir buenos resultados formativos: aprendizaje de contenidos relevantes, interés por lo aprendido, interés por quienes aprenden junto a mí, formación del carácter también, de una forma de ser y de estar en el mundo libre, no adoctrinada. A continuación, voy a tratar de explicar aquí los principios que, a mi manera, tienen que ver con esa inspiración milanesa.

2.1. Enseñar en serio. Tomarse en serio la enseñanza.

Empiezo por algo que, quizá por evidente, puede pasarse por alto, pero que Milani tenía muy presente: la enseñanza se ha de tomar en serio, y esto es algo que requiere criterio. Bien nos lo recordó el periodo de confinamiento de 2020 así como el de restricciones que le siguió. Hay que tener claro qué es lo que se quiere enseñar. Hay que tener claro qué vale la pena de ser enseñado, qué es lo verdaderamente importante, qué aprendizajes necesita el alumnado. No es irrelevante qué se enseña, y no se pueden escamotear aprendizajes en la universidad, menos aún en el caso de quienes se van a dedicar a la educación como forma de vida, no sólo de ganarse la vida. La enseñanza universitaria en los títulos educativos ha de procurar aprendizajes profesionales de, al menos, tres tipos:

- Comprensión de la práctica educativa, de sus condicionantes organizativos y también institucionales, de las políticas que los conforman y de su recepción y tergiversación en la práctica.

La comprensión requiere en primer lugar la observación de la realidad y, en segundo lugar, del conocimiento de conceptos, modelos y teorías, normalmente prestadas de otras disciplinas, que permiten interpretar esa realidad. Es así como se puede explicar la realidad. Milani diría que hay que leer la realidad, leer el mundo, para poder valorarla y dar paso así a su mejora y transformación si fuera necesario. La realidad educativa debe ser leída, juzgada y transformada allí donde sea necesario, y posiblemente en eso es en lo poco en lo que hay acuerdo

⁷ La primera, por ponerme los pies en el suelo; la segunda, amiga del alma; la tercera, miembro del Instituto Vita et Pax; el resto, formadas en la JOC y la HOAC en Castellón.

en este momento en España: la realidad educativa hace ya mucho tiempo que satisface a muy poca gente.

- Herramientas profesionales, instrumentos, protocolos, pautas de actuación que sirven para asumir el trabajo de educar de forma rigurosa y profesional y para poder realizarlo bien.

Milani desarrolló sus propias herramientas, que desde entonces han pasado a formar parte del acervo educativo. Las herramientas profesionales requieren precisión, han de cuidarse bien, mantenerlas en buenas condiciones y, por supuesto, saber cuándo y cómo utilizarlas, aplicando cada una para aquello que sirve.

- Criterios profesionales, principios con los que poder tomar decisiones que hagan de la educación un trabajo mejor. Estos principios se pueden encontrar a lo largo de la historia de la educación y, desde que la escuela se hizo extensiva a la mayor parte de la población en Occidente, a lo largo del siglo XX, se proponen sobre todo antes de que la escuela como institución haya cristalizado, con algunas excepciones como son Freinet o el propio Milani.

Los criterios son profesionales porque son compartidos por una comunidad de práctica profesional. Por supuesto, cada cual toma la iniciativa sobre los criterios con los que lleva a cabo su encargo, pero la educación resulta mejor cuando esos criterios son conocidos y compartidos por quienes los han de aplicar, que a su vez los contrastan ante situaciones que requieren del saber colectivo. Milani tuvo que desarrollar su propio criterio ante la falta de claustro de referencia, pero bien sabía que los experimentos se sustentan en criterios y no se improvisan.

Solo enseñando en serio no hacemos perder el tiempo al alumnado, ni perdemos el propio tiempo, dejando pasar el rato. Hay mucha gente dedicada a enseñar pero falta bastante gente que sepa enseñar bien que es, como decía Fenstermacher⁸, enseñar conocimiento valioso y moralmente bueno.

2.2. La palabra.

La palabra es central en la pedagogía milaniana. La educación universitaria tiene en la palabra su eje principal. La universidad surge con la palabra, se encarga de la transmisión de la palabra. La palabra es explicación, es argumento, es comunicación, es escucha. La palabra no es un lema, ni los caracteres que caben en un mensaje de twitter. La palabra es la comprensión y la explicación, la capacidad de aprehender la realidad.

En el caso de la educación universitaria, la palabra tiene una connotación técnica, es la jerga y el lenguaje profesional que tiene que saber dar cuenta de la realidad (no es admisible que un maestro diga que tiene un alumno poco motivado; tendrá que saber detallar si es un asunto de atención, de utilidad, de expectativa de éxito, de satisfacción con el resultado; si habla de motivación en el yo o de motivación en la tarea) y poder precisar aquello de lo que estamos hablando.

Precisar quiere decir diferenciar, distinguir, focalizar la atención; precisar no es sinónimo de ocultar, de complicar, de hablar por hablar, de dar vueltas a una misma idea de tal modo que al final es esa idea la que no queda clara.

⁸ Gary Fenstermacher (1989). Tres aspectos de la filosofía de la investigación sobre la enseñanza. En Mervin C. Wittrock (ed). Manual de investigación sobre la enseñanza. Paidós.

La palabra que necesita quien se dedica a la educación tiene que ser una palabra que permita entenderse con el equipo con el que ha de trabajar, que le permita comunicar a las familias algo que ellas, que también se dedican a educar como mejor saben y pueden, no pueden avistar o formular. La palabra es la primera herramienta para educar, ya que la educación es posible gracias al lenguaje, más allá de la imitación.

La palabra, en la universidad, se encuentra en los libros y en los artículos científicos y profesionales que, desgraciadamente, no tienen porqué coincidir con los artículos considerados de impacto académico y que son los que guían cada vez más el criterio de publicación de quienes se incorporan y forman parte de la academia. El alumnado universitario, quienes van a dedicarse a la educación formal y no formal, a la enseñanza, tiene que apropiarse de la palabra, tiene que leer, y tiene que escribir también, tiene que expresarse, tiene que utilizar ese lenguaje. Por supuesto, ha de leer con criterio, un criterio que en primer lugar ha de aportar quien le enseña. La palabra no se adquiere con una presentación de *powerpoint*, ni con un vídeo en *Youtube*, ni con tareas que no se corrigen o se corrigen tarde y mal.

Cursar una carrera requiere, por parte de quien estudia, estudio. También parece obvio, pero no lo es: aprender en la universidad solo es posible mediante una actividad, el estudio, que pone a quien aprende frente a la palabra. Si no hay disposición para estudiar, tampoco la hay para tomarse la educación en serio.

2.3. Constancia, reposo, consistencia.

Aprender en la universidad es cursar una carrera. Una carrera que es de largo recorrido, de larga distancia, y para la que quizá no sean buenos los atajos ni las prisas. Si la universidad se empeña en reconocer cada vez más formaciones cursadas fuera de ella, en convalidar otros aprendizajes, valiosos, profesionales incluso, aunque posiblemente no equivalentes, en dar por buenas formaciones muy fragmentadas (abundan las asignaturas cuatrimestrales que han reemplazado a las anuales), es posible que se olvide de su misión de procurar aprendizajes valiosos.

Cursar una carrera requiere, por parte de quien estudia, estudio; y el estudio es una actividad que requiere tiempo, dedicación, esfuerzo. Leer una y otra vez. Pensar sobre lo que se lee, entender qué nos tratan de decir; dilucidar qué es lo que me dice a mí la lectura y el estudio y; en tercer lugar, poder determinar también qué es lo que yo tengo que decir, que preguntar, que responder o que proponer a quien ha escrito lo que he leído y estudiado. Así es como nos apropiamos de la palabra, mediante un ejercicio de constancia.

Estudiar también requiere reposo, dar tiempo para asimilar, no tener miedo a volver sobre el mismo texto. Reposo para poder comprobar que hemos asimilado, reposo para poder contrastar con quienes aprenden a nuestro lado. Reposo, también, para realizar los ejercicios y las tareas que se proponen para aprender. En un mundo acelerado, también la universidad corre el riesgo, lo padece ya, de caer en valorar más la fecha de entrega de un ejercicio que el cuidado puesto en su realización. Por otra parte, con más frecuencia de la deseada, se encargan ejercicios que tienen más una función de control, incluso de asistencia, que no de aprendizaje. Ejercicios que en ocasiones carecen de sentido, por simples, breves, irrelevantes.

La consistencia aporta solidez a la formación. Lorenzo Milani era una persona consistente, íntegra por lo tanto, sin dobleces, sin desviaciones. Por supuesto, hay que saber reconocer los errores, pero esto no es incompatible con la consistencia que, en las profesiones educativas, tiene que ver también con procurarse unos principios que encajen bien en una estrategia de enseñanza y no que sean una colección de lemas, cada uno de los cuales pueden sonar bien por separado, pero que carecen de sentido una vez los juntas. No podemos hacer de la formación universitaria una miscelánea; menos en educación, donde ni todo vale, ni todo vale lo mismo. Milani lo tenía claro y se tomaba la educación en serio.

2.4. Conciencia, toma de conciencia, desarrollo de la conciencia.

Milani no conoció a Rigoberta Menchú⁹ ni pudo leer su descubrimiento, pero hubiera reconocido fácilmente en ella y en la apropiación de la palabra el despertar de la conciencia y, con ella, la capacidad de individuación pero también de pertenencia a una comunidad y, por lo tanto, la capacidad de autodeterminación personal y colectiva.

Tomarse en serio la educación, que no es un entretenimiento, aunque así nos lo quieran hacer creer quienes la devalúan constantemente; hacer uso riguroso de la palabra, preciso, con corrección; en la sintáctica¹⁰ y en la semántica; estudiar con constancia, con tiempo, con reposo; también con consistencia, son claves para poder promover la toma y el desarrollo de la conciencia que, en la preparación de profesionales de la educación, supone una toma de conciencia de cada cual, del sí mismo, y una toma de conciencia de la práctica educativa.

Aquí, de nuevo, quiero insistir en que la conciencia es algo eminentemente individual, como bien sabía Milani; y cada cual tiene la suya. Pero, cuando se trata del ejercicio profesional de la educación, la conciencia ha de ser también colectiva. En eso puso su empeño, y posiblemente ahí estuvo una de las claves del acierto de su empeño en Barbiana, en procurar el desarrollo de cada joven a la vez que el de todos y cada uno de ellos. Parafraseando ahora la canción de Víctor Manuel, podría decirse de Barbiana que 'aquí cabemos todos, o no cabe ni Dios'. ¡Una escuela inclusiva décadas antes de acuñar el término! Volviendo al caso universitario, hay excesivo ejercicio artesanal en la práctica educativa y sería conveniente un mayor sentido de comunidad profesional, que solo se puede construir sobre una conciencia e identidad mínimamente compartida. Bien saben las madres, y algunos padres también, que el trabajo de educar no tiene vacaciones, y por eso requiere vocación. Pero las madres y los padres son, claro, aficionados y no profesionales de la educación, por muchas horas que les dediquen. En cierto modo, podríamos decir, educan inconscientemente, o son educadores inconscientes. Quizá a la universidad se pueda entrar sin conciencia clara de quién quieres ser como educador, pero no se tendría que poder salir con un título que te reconoce como pedagoga, educadora social o maestra si no tienes para entonces una conciencia profesional clara y si no has tenido posibilidad de dar a luz y contrastar tu propio credo pedagógico, haciendo uso de esta noción de Dewey¹¹. Sin duda, se puede afirmar que Milani tenía su

⁹ Rigoberta Menchú (1983). Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia. Casa de las Américas.

¹⁰ También la práctica educativa tiene su propia gramática, como nos enseñan Bruce Joyce y Marsha Weil (2002). Modelos de enseñanza. Gedisa.

¹¹ John Dewey (1897). My pedagogic creed. School Journal.

propio credo pedagógico, que era consciente de él, y que era un credo compatible con el evangelio que le movía como pauta de vida.

2.5. Didáctica de las certezas, didáctica de la provocación.

En tiempos de corrección política y de abuso de las palabras, en una época en la que se huye de cualquier forma de homogeneización y estandarización, en la que prima lo individual por encima de todo y la diversidad se sacraliza, aunque eso pueda conllevar alentar la diferencia y la desigualdad, Milani tenía claro que en su escuela había que trabajar con conocimientos ciertos, contrastados. Que había verdades, aunque estuvieran ocultas, y que aprender consistía en desvelarlas, y no otra cosa fue la Carta, una revelación de la verdad, ordenada, sistematizada, explicada, denunciada la realidad.

También en la universidad, en la enseñanza (y en la investigación) de las profesiones educativas, hay que asegurar que el aprendizaje se inicia a partir de una serie de certezas. No es la educación una profesión con la misma tradición que la medicina, la abogacía, ni tan siquiera la sociología ni la psicología. Es una profesión más reciente, con frecuencia tachada despectivamente de oficio más que de profesión, también con frecuencia orgullosa de ser un ejercicio artesanal más que científico. Incluso teniendo algo de todo ello, no podemos olvidar que existe un acervo educativo, que incluye distintas tradiciones, y que cada una de ellas ha desarrollado su lenguaje, su justificación, sus prácticas. Conviene aprender a partir de lo que ya sabemos sobre educación, en lugar de empezar de cero. No podemos arrasar ante el alumnado con las tradiciones educativas que son y han sido; como tampoco podemos simplificarlas y dividir las en prácticas tradicionales e innovadoras.

Enseñar en la universidad, en particular en los primeros cursos, en las profesiones educativas que carecen de ninguna disciplina previamente enseñada en el curriculum escolar, hay que comenzar por las certezas. Hay que enseñar, estudiar, trabajar sobre el conocimiento sólido que existe, sea mayor o menor, y no confundir conocimiento con creencias, ni obstaculizar la adquisición del conocimiento a partir del prejuicio que provocan las convicciones propias o prestadas.

Ya vendrá el tiempo, a lo largo de la carrera que son los estudios universitarios, de utilizar la provocación, como estrategia de enseñanza, para invitar a estudiar, a cuestionar, a criticar, a rebatir; y para disponer también al alumnado universitario para poder ser capaz de producir nuevo conocimiento, especialmente cuando comience a tener ejercicio profesional. Bien sabía Milani que cada día tiene su afán.

3. En defensa de la eficacia y de la eficiencia.

Pero también era consciente Milani de que la educación, tomada en serio, no podía consistir en una pérdida de tiempo. Había que aprovechar todos los recursos, y eso también se puede aplicar a la formación universitaria: emplear bien el tiempo, dedicar el tiempo necesario, tomarse tiempo; pero promover la atención y la concentración, evitar la distracción o saber darle también su espacio.

Porque a Milani no sólo le interesaba que sus alumnos dedicaran el tiempo a aprender, sino que aprendieran, que aprendieran bien, que aprendieran mucho, consciente de que la educación era el mejor recurso que les podía proporcionar.

En la universidad, en la formación de profesionales de la educación, hemos de aprovechar el tiempo, claro que sí, hemos de interesarnos también porque quienes salen

con un título sean capaces de ejercer la profesión con honestidad, rigor, profesionalidad, con criterio; capaces de ejercer bien y de dar cuenta de las claves de ese buen ejercicio; capaces también de hacer frente a situaciones desconocidas. Milani enseñó a aprender sin proponerse otra cosa que conseguir que sus alumnos aprendieran saberes valiosos y relevantes, como dirían también Gonzalo Anaya o José Gimeno: la práctica educativa es transmisión cultural, y la cultura tiene un valor. En educación, ni todo vale ni todo vale lo mismo, y esto es, hoy en día, una opción radical, frente al sincretismo que todo lo acepta. Sí, iría bien más Milani en la universidad, en las facultades de educación¹², hoy.

¹² Hay facultades de educación en toda España salvo en la Universidad de Valencia, la única que todavía mantiene dos facultades escindidas, Magisterio por una parte y Filosofía y Ciencias de la Educación por otra.